

desfiladero imposibilitaría á los romanos de socorrer á sus aliados. Pero diferenciándose mucho la pronunciación cartaginésa de la latina, el guía entendió Casilino por Casinó; y Aníbal, equivocando el camino, bajó por el territorio de Alifa, de Calacio y de Caleno á las llanuras de Stela. Viendo allí un país rodeado de ríos y de montañas, llama al guía y le pregunta dónde se encuentra: habiéndole contestado éste que aquel mismo día llegarían á Casilino, reconoció el error y que Casinó estaba muy lejos de allí, en otra dirección. En el acto mandó azotar y crucificar al guía, para aterrar á los otros, se fortificó y envió á Maharbal con la caballería al territorio de Falerno para saquearlo. Esta correría se prolongó hasta Sinuesa: el estrago fué considerable; pero el terror y la fuga se propagaron mucho más lejos delante de los númidas. Sin embargo, ni aquel terror, cuando todo estaba abrasado por el fuego de la guerra, quebrantó la fidelidad de los aliados, y era porque estaban gobernados por un poder justo y moderado y porque la superioridad de sus dominadores, que es la mejor prenda de sumisión, les hacía fácil la obediencia.

Cuando el ejército romano acampó cerca del Culturino, y vieron devastada por el fuego la comarca más hermosa de Italia, brotando el humo del incendio aquí y allá de las casas de campo, mientras permanecía Fabio en las alturas del Másico, comenzaron á circular murmullos sediciosos. Durante algunos días habían calmado, porque habiendo sido la marcha más rápida que de ordinario, habíase creído que el dictador se apresuraba para evitar la devastación de la Campania. Pero cuando llegaron al extremo de la cresta del Másico y vieron al pie de las montañas al enemigo incendiando el territorio de Falerno y de la colonia de Sinuesa, sin que se tratase de combatir, exclamó Minucio: «¿Hemos venido aquí para contemplar la matanza y el in-

endio de nuestros aliados? Y si los extranjeros no nos conmueven, ¿careceremos de compasión para los conciudadanos que nuestros padres enviaron en colonia á Sinuesa, para proteger contra los samnitas este terreno saqueado ahora, no por nuestros vecinos los samnitas, sino por extranjeros que, desde el extremo del mundo han penetrado hasta aquí, gracias á nuestra lentitud y á nuestra cobardía? Por desgracia, tanto hemos degenerado de nuestros antepasados, que estas orillas á las que no hubiesen permitido acercarse una flota cartaginésa, sin tenerse por deshonrados, las vemos hoy cubiertas de moros y númidas. Nosotros que, en otro tiempo, indignados por el sitio de Sagunto, invocábamos los hombres, los tratados y los dioses, contemplamos tranquilamente á Aníbal escalando los muros de una colonia romana. El humo de las casas y campos incendiados oscurece nuestra vista. En nuestros oídos resuenan los gritos de nuestros desgraciados aliados que invocan nuestro auxilio con más frecuencia que el de los dioses; y nosotros, como rebaños que en verano se llevan á los bosques y pastos apartados, permanecemos aquí, ocultos en las nubes y en las selvas. Si M. Furio se hubiese propuesto arrojar los galos de Roma por los medios de que se sirve este nuevo Camilo, este único dictador encontrado en nuestros peligros para liberrar la Italia de las armas de Aníbal, Roma estaría en poder de los galos; y nuestra lentitud me hace temer que nuestros padres no la han salvado tantas veces más que para Aníbal y sus númidas. Aquel héroe, aquel verdadero romano, en cuanto supo que el Senado y el pueblo de común acuerdo le habían nombrado dictador, aunque el Janículo era bastante alto, para que pudiese desde su cumbre contemplar tranquilamente al enemigo, bajó á la llanura, y aquel mismo día, en medio de la ciudad, donde ahora se encuentran las tumbas de los



galos, y á la mañana siguiente, más allá de Gabias, destrozó las legiones galas. ¿Qué más? Mucho tiempo después, cuando los samnitas nos hicieron pasar bajo el yugo en las Horcas Caudinas, ¿acaso paseando por las montañas del Samnio, ó bien estrechando, asediando Luceria y persiguiendo al enemigo victorioso, fué como Papirio Cursor impuso al orgulloso samnita el yugo que quitó de las cervices romanas? Y más recientemente, ¿á qué debió C. Lutacio la victoria sino á su celeridad, si no es á que, habiendo visto la víspera la flota enemiga cargada de víveres, impedida por su armamento y todo su aparato, le estrechó al día siguiente? Locura es creer que puede terminarse la guerra por medio de la inacción y con votos religiosos: es necesario armar las tropas, bajarlas á la llanura, para que puedan alcanzar al enemigo cuerpo á cuerpo. Por el valor y la acción se ha levantado Roma, y no por esta muelle conducta que los tímidos llaman prudente. Durante esta especie de arenga rodeaban á Minucio tribunos y caballeros; sus arrogantes palabras llegaban á los oídos de los soldados, y si el caso hubiese dependido del voto militar, toda aquella multitud daba á entender claramente que hubiese preferido Minucio á Fabio.

Tan firme Fabio con los suyos como contra el enemigo, se mostró inflexible en cuanto á los primeros. Aunque sabía perfectamente que se censuraba su lentitud, no solamente en el campamento, sino que también en Roma, siguió su primer plan con inquebrantable constancia durante el resto de la campaña; de manera que, desesperando al fin Aníbal de atraerle á la batalla que tanto deseaba, se dedicó á buscar terreno cómodo para la invernada, no ofreciéndole el país, donde se encontraba más que recursos momentáneos y no permanentes, estando plantado de árboles frutales, de viñedos y cul-

tivado más para el recreo que para las necesidades de la vida. Fabio quedó enterado de esto por sus exploradores. Ahora bien: como estaba seguro de que Aníbal retrocedería por el desfiladero que le había llevado al territorio de Falerno, hizo ocupar por fuerzas poco numerosas el monte Calicula y el pueblecillo de Casilino, que, dividido por el Ezelturmo, separa el Falerno de la Campania. En cuanto á él, llevó el ejército por las mismas alturas, enviando sin embargo á la descubierta á L. Hostilio Mancino con cuatrocientos caballos de los aliados. Este jefe era de los jóvenes á quienes agradaba escuchar los arrogantes discursos del jefe de la caballería. Al principio avanzó como para un reconocimiento, de manera que observase al enemigo sin exponerse. Pero en cuanto vió á los númidas, desparramados aquí y allá en los caseríos, mató algunos por casualidad, y muy pronto, enardecido su ánimo por la idea del combate olvidó las instrucciones del dictador, que le había mandado no avanzarse sino con la mayor precaución y que se retirase antes de que le viese el enemigo. Los númidas, atacándole y huyendo sucesivamente, le llevaron hasta cerca de su campamento, causando mucho á un sus hombres y caballos. Entonces Carthalón, jefe de la caballería enemiga, lanzándose á rienda suelta, antes de encontrarse á tiro de venablo, hizo volver la espalda á los romanos, y les persiguió sin descanso por espacio de más de cinco millas. Viendo Minucio que el enemigo se obstinaba en perseguirle, y que no tenía esperanza alguna de escapar, arengó á los suyos, y volvió al combate con fuerzas muy inferiores en todos sentidos. Envuelto, pereció con la flor de sus jinetes. Huyendo los otros á toda brida, llegaron primeramente á Cales, y desde allí, por senderos casi impracticables, hasta el campamento del dictador. Por casualidad aquel día Minucio se había reunido con Fabio, después



de colocar un destacamento en un desfiladero que, entre gargantas muy estrechas, dominaba el mar por encima de Terracina. Encontrándose indefensa la vía Apia, tratábase de impedir que Aníbal entrase por ella en el campo romano. Habiendo verificado su unión, el dictador y el jefe de los caballeros trasladaron su campamento al camino por donde había de pasar Aníbal. Dos millas solamente distaba el enemigo.

Á la mañana siguiente los cartagineses ocuparon con sus fuerzas todo el espacio que mediaba entre los dos campamentos. Aunque los romanos se habían colocado delante de sus fortificaciones, donde evidentemente tenían la ventaja del terreno, no dejó Aníbal de acercarse con su caballería ligera, que para provocar al enemigo, le hostigaba aquí y allá, atacando y huyendo sucesivamente. El ejército romano permaneció firme en su puesto y el combate fué calmado por voluntad del dictador más que por la de Aníbal. Los romanos perdieron doscientos hombres y los cartagineses ochocientos. Entonces se encontró Aníbal completamente encerrado, á consecuencia de la ocupación del camino de Casilino. Mientras que Capua, el Samnio y todas las demás ricas aliadas llevaban por la espalda víveres á los romanos, veíase obligado á pasar el invierno entre las rocas de Formio por un lado, y por otro los arenales y espantosos pantanos de Linterno. Comprendió que le atacaban con sus propias armas, y no pudiendo escapar por Casilino, y viéndose obligado á ganar las montañas y á cruzar las cumbres de Calícula, por temor de que los romanos atacasen á su ejército encerrado en aquellos valles, imaginó, para engañar al enemigo, un aparato terrible para sus ojos, y decidió acercarse furtivamente á las montañas al comenzar la noche, ejecutando de esta manera su estratagema. Á los cuernos de los bueyes bravos ó domados que llevaba entre el botín y que

ascendían á más de dos mil, ató antorchas recogidas en todas partes en la campaña y hacecillos de leña menuda. Asdrúbal recibió el encargo de lanzar todos aquellos animales con los cuernos encendidos en la oscuridad de la noche y dirigirlos, si podía, sobre los desfiladeros ocupados por el enemigo.

Al cerrar la noche, levantó silenciosamente el campamento, marchando los bueyes algo delante de las enseñas. En cuanto llegaron al pie de las montañas, á la entrada de los desfiladeros, se dió la señal para prender fuego á los cuernos de los bueyes y hostigarles hacia las montañas opuestas. El espanto que les produjo las llamas brillando sobre sus cabezas y el calor que les penetraba hasta el vivo en la raíz de los cuernos, les aguijoneó hasta el furor. En su rápida carrera, los arbustos se incendiaron por todas partes, como si estuviesen ardiendo las selvas y las montañas; y todas aquellas cabezas, agitándose en vano y excitando por este medio la llama, ofrecían el aspecto de hombres corriendo aquí y allá. Aquellos á quienes estaba encargada la custodia del desfiladero, viendo el fuego en las montañas y encima de sus cabezas, se creyeron envueltos y abandonaron el puesto. Pero al querer ganar las cumbres, donde el fuego era más raro y parecía retirada más segura, encontraron algunos bueyes separados de los demás. De lejos y al principio creyeron ver monstruos vomitando llamas y se detuvieron asombrados; en seguida, en cuanto reconocieron una astucia completamente humana, persuadidos de que era una emboscada, comenzaron á huir con mayor espanto aún y fueron á chocar con las tropas ligeras del enemigo. Por lo demás, manteniendo la noche á los dos bandos en igual temor, les impidió comenzar el combate hasta el amanecer. No por esto dejó Aníbal de sacar todo su ejército del desfiladero, en el que hasta mató algunos



enemigos, y marchó á acampar en el territorio de Alifa. Fabio vió todos aquellos movimientos; mas persuadido también de que era un lazo, y temiendo sobre todo un combate nocturno, contuvo á sus tropas en las fortificaciones. Al apuntar el día trabóse un combate en la cumbre de las montañas, y los romanos, superiores en número, hubiesen destrozado fácilmente las tropas ligeras de Aníbal, que se encontraban cercadas, si una cohorte de españoles, enviada para socorrerlas, no hubiese llegado oportunamente. Estos soldados, acostumbrados á las montañas y muy hábiles para saltar de roca á roca, gracias á la agilidad de su cuerpo y á la clase de sus armas, lucharon fácilmente con su enemigo pesadamente armado, dispuesto para las llanuras y los combates á pie firme. Después de aquella desigual lucha, los españoles y los romanos volvieron á sus campamentos, aquéllos casi ilesos y éstos con algunas pérdidas. Fabio decampó en seguida, y atravesando las gargantas por encima de Alifa, fué á ocupar una posición fuerte y elevada. Entonces, fingiendo marchar hacia Roma por el Samnio, Aníbal volvió al territorio de los peliños, devastándolo todo á su paso. Fabio llevaba su ejército por las alturas, manteniéndose entre Roma y el enemigo, sin alejarse ni combatir. Desde Peliño retrocedió Aníbal, y entrando en la Apulia, vino á Geronio, cuyos habitantes, viendo arruinadas sus murallas, huyeron aterrados. El dictador se fortificó en el territorio de Larina. Llamado en seguida á Roma para las ceremonias religiosas, empleó su autoridad, consejos y casi ruegos para recomendar al jefe de los caballeros «que confiase más en la prudencia que en la fortuna; que le imitase más que á Sempronio y á Flamínio, y que no considerase como resultado nulo haber burlado los esfuerzos del enemigo durante toda la campaña. Los médicos consiguen á veces más por el reposo que por la agita-

ción y las sacudidas. No era poco haber cesado de ser vencidos por un enemigo tantas veces vencedor, y haber podido resistir después de tantas derrotas sucesivas.» Después de estas prudentes advertencias, hechas en vano al jefe de los caballeros, marchó á Roma.

Al comenzar la campaña que acabamos de describir, empezó también la guerra por mar y tierra en España. Asdrúbal añadió diez naves á las que había recibido de su hermano armadas y equipadas; dió cuarenta á Hamilcon y partió de Cartagena, las naves costeando y él llevando el ejército por la orilla del mar, con el propósito de atacar al enemigo donde primero le encontrase. Enterado Cn. Escipión del movimiento de los cartagineses, formó desde luego igual propósito. Por lo mucho que se hablaba de los refuerzos que había recibido el enemigo, haciéndole temer una batalla en tierra, embarcó la flor de sus tropas y marchó en busca del enemigo con una flota de treinta y cinco naves. El segundo día después de su salida de Tarragona, abordó á una estación situada á diez millas de la desembocadura del Ebro. Desde allí envió á la descubierta diez naves ligeras de Marsella, que le trajeron la noticia de que la flota enemiga estaba en la desembocadura del río y que habían establecido un campamento en la costa. Para sorprenderle de improviso y abrumarle por el terror extendiéndose en todos los puestos á la vez, levó anclas y marchó al enemigo. En España hay muchas torres construídas en las alturas, que sirven de atalayas y defensas contra los piratas: desde éstas descubrieron primeramente las naves de los romanos, advirtiéndolo á Asdrúbal por una señal. Agitábanse ya en tierra y en el ejército cuando todo continuaba tranquilo todavía en la orilla y á bordo de las naves, porque no se oían ni el ruido de los remos ni los gritos de los marineros y porque la flota enemiga estaba oculta detrás de los pro-



montorios. De pronto muchos jinetes despachados uno tras otro por Asdrúbal llegan mandando á todos aquellos soldados diseminados por la playa, ó descansando bajo las tiendas, y que nada podían esperar menos que ser atados aquel día, que se embarquen inmediatamente y tomen las armas, porque la flota romana se acerca al puerto. Mientras los jinetes llevaban la orden por todos lados, el mismo Asdrúbal llega con todo el ejército. En aquel momento prodújose universal tumulto: marineros y soldados se precipitaban mezclados en las naves y antes parecía que huían de la tierra que disponerse al combate. Apenas se habían embarcado todos, cuando los unos se cogen al cable para levar el ancla y otros cortan las amarras, haciéndolo todo con extraordinaria precipitación, estorbando los preparativos de los soldados las maniobras de los marineros é impidiendo la agitación de éstos que los soldados tomasen las armas y las preparasen. Ya se acercaban los romanos y habían formado el orden de batalla. Los cartagineses, menos turbados por el enemigo y el combate que por su propio desorden, después de intentar más bien que de trabar batalla, emprendieron prontamente la fuga; y como la desembocadura del río no era bastante ancha para recibir tantas naves que venían á la vez en ancha fila, arrojáronse aquí y allí sobre la orilla, encallando unas en los bajos y otras en la arena. Las tripulaciones, en parte armadas y en parte desarmadas, se refugiaron en el ejército formado en la orilla del mar. En el primer choque habían sido capturadas dos naves cartaginesas y cuatro echadas á pique.

Aunque ocupaban el terreno los enemigos, extendiéndose el ejército por la playa, no vacilaron los romanos en perseguir la derrotada flota; y todas las naves que no se habían destrozado la proa en la costa ó no habían encallado en los bajos, las llevaron á remolque á alta

mar, apoderándose de veinticinco de esta manera. Pero la mayor ventaja de su victoria fué, que mediante ligero combate, se habían hecho dueños del mar en todos aquellos pasos. Dirigiéndose entonces á Honosca, desembarcaron, se apoderaron de la ciudad y la saquearon. Desde allí pusieron el rumbo á Cartagena, talaron los campos inmediatos y quemaron las casas adosadas á las murallas y puertas de la ciudad. Cargada de botín la flota, marchó á Longuntica, donde Asdrúbal había reunido considerable cantidad de cordajes para el uso de su marina: tomaron de ellos todo lo que creyeron necesario y quemaron el resto. Y no solamente recorrieron los romanos la costa en toda su extensión, sino que pasaron también á la isla de Ebusa, cuya capital atacaron vigorosamente durante dos días. Viendo que perdían el tiempo en inútiles esfuerzos, se ocuparon en el saqueo de la campiña, y después de saquear é incendiar algunos caseríos, se embarcaron de nuevo con botín más rico que el que habían recogido en el continente. En aquel momento llegaron legados de las islas Baleares á pedir la paz á Escipión. Retrocediendo la flota, ganó la costa inferior de la provincia, donde se reunieron los legados de todos los pueblos que habitan las orillas del Ebro y hasta de las comarcas más apartadas de España. De ciento veinte pasó el número de los que se sometieron realmente al imperio romano dando rehenes. Más confiado desde entonces en sus fuerzas terrestres, avanzó Escipión hasta el desfiladero de Castulón, retirándose Asdrúbal á la Lusitania, hacia las orillas del Océano.

Parecía que el resto de la campaña debía ser tranquilo, y lo hubiese sido por parte de los cartagineses; pero además de que los españoles tienen ánimo inquieto y ávido de aventuras, Mandonio é Indibilis, que había sido anteriormente rey de los ilergetos, viendo que los ro-



manos abandonaban el desfiladero para marchar á la costa, sublevaron á sus compatriotas y marcharon á talar el pacífico territorio de los aliados de Roma. Un tribuno militar que envió contra ellos Escipión con algunas tropas ligeras, destruyó fácilmente aquella banda de merodeadores, matando ó cogiendo una parte de ellos y arrojando las armas los demás. Sin embargo, este movimiento trajo aquende el Ebro, para defender á los aliados, á Asdrúbal, que se dirigía hacia el Océano. Los cartagineses estaban acampados en el territorio de los ilercoanios y los romanos cerca de la nueva flota, cuando repentina alarma llevó la guerra á otro lado. Los celtibéricos, que fueron los primeros de su país que enviaron legados y dieron rehenes á los romanos, excitados por un mensajero de Escipión, toman las armas, penetran con fuerte ejército en la provincia de los cartagineses, toman tres ciudades por asalto, combaten en seguida con el mismo Asdrúbal con grandísimo valor, le matan quince mil hombres y le cogen cuatro mil con muchas enseñas.

Este era el estado de las cosas cuando llegó á España P. Escipión, investido por el Senado con mando prorrogado después de su consulado, con treinta naves largas, ocho mil soldados y un convoy considerable que le seguía. Esta flota, á la que daba formidable aspecto su largo cortejo de naves de transporte, entró en el puerto de Tarragona, en medio del regocijo de los romanos y aliados. Desembarcando allí sus tropas, P. Escipión marchó á reunirse con su hermano, y desde entonces dirigieron la guerra en completa armonía de pensamiento y acción. Mientras se ocupaban los cartagineses de la guerra celtibérica, pasan el Ebro sin vacilar, y no viendo al enemigo, marchan derechamente á Sagunto, donde se decía que Asdrúbal había depositado los rehenes de toda España, guardándolos en la fortaleza escasa guar-

nición. Esta prenda era la única que retenía á los pueblos de España, inclinados de corazón á la alianza con los romanos, temiendo pagar su defección con la sangre de sus hijos. Un hombre solo rompió este lazo de un modo más hábil que leal; siendo este hombre Abelux, noble español, que se encontraba entonces en Sagunto; adicto en otro tiempo á los cartagineses, como suelen hacer los bárbaros, había cambiado con la fortuna. Convencido además de que el desertor que pasa al enemigo sin realizar una traición importante, sólo era objeto de desprecio, procuraba ser adquisición muy útil para sus nuevos aliados. Después de examinar todo lo que la fortuna le permitía hacer, se fijó preferentemente en el proyecto de dar libertad á los rehenes, persuadido de que este era el único medio de llevar á los romanos la amistad de los jefes españoles; pero como sabía muy bien que los guardianes de los rehenes nada harían sin orden de Bostar, jefe de la plaza, atacó con astucia al mismo Bostar. Este jefe tenía su campamento fuera de la ciudad, en la misma playa, para cerrar la entrada del puerto á los romanos. Abelux marchó allá, y hablándole reservadamente, le expuso, como cosa que el otro ignorase, el verdadero estado de las cosas. «Hasta entonces el temor había contenido á los españoles porque los romanos estaban lejos; ahora que su campamento se encuentra á este lado del Ebro, es asilo y fortaleza para todos los descontentos: era, pues, necesario atraerse por un beneficio y la gratitud á los que por temor no podía contenerse ya.» Asombrado Bostar y preguntándole qué beneficio podía ser capaz de realizar de pronto aquel gran resultado, «Devuelve, le dijo, los rehenes á las ciudades; de esta manera les obligarás á todos á la vez, á las familias que gozan de mayor consideración en el país y á los pueblos en general. Todos quieren que se confíe en ellos, y la confianza espontánea encadena or-



dinariamente la fe. Por mi parte me encargo de llevar los rehenes á sus casas con objeto de sostener mi proyecto por todos los medios y ensalzar todo lo posible la importancia de un favor tan agradable en sí mismo.» Habiendo persuadido de esta manera á aquel jefe, que no gozaba de la perspicacia de los de su nación, avanzó furtivamente durante la noche hasta las avanzadas enemigas, habló con algunos auxiliares españoles y llevándole estos ante Escipión, le expuso sus propósitos. Empeñada la palabra por uno y otro lado, fijados el momento y el lugar para la entrega de los rehenes, regresó á Sagunto. El siguiente día lo empleó con Bostar en recibir todas las instrucciones necesarias. Cuando se despidió de él, como se había decidido que partiría de noche, para burlar la vigilancia del enemigo, á la hora convenida con los romanos marchó á despertar la guardia de los rehenes y partió para conducirlos, como sin propósito premeditado, hacia la emboscada preparada por su perfidia. Los rehenes fueron llevados al campamento romano; su restitución se ejecutó, según se había convenido con Bostar, exactamente como si se realizase en nombre de los cartagineses. Este beneficio valió á los romanos gratitud mucho mayor que la que se hubiese experimentado por los cartagineses; porque habiéndose mostrado éstos duros y soberbios en la prosperidad, podían parecer amansados por la adversidad y el temor; mientras que los romanos desde su llegada, enteramente desconocidos hasta entonces, comenzaban por un acto de clemencia y generosidad. Además, Abelux, hombre tan prudente, á los ojos de los aliados, no había cambiado de partido sin razón. Todos, pues, con unánime acuerdo, estaban dispuestos á la defección, y en el acto hubiese estallado el movimiento, á no sobrevenir el invierno, obligando á los romanos, lo mismo que á los cartagineses, á retirarse á sus acantonamientos.

«Esto ocurrió en España durante el segundo año de la guerra púnica, mientras que en Italia, la prudente lentitud de Fabio daba algún descanso á los desastres de los romanos. Pero tanto como inquietaba esta lentitud á Aníbal, que veía que al fin habían elegido los romanos un general que hacía la guerra con prudencia y no á la casualidad, otro tanto era despreciada entre los romanos mismos, tanto ciudadanos como soldados, sobre todo desde que, en ausencia del dictador, la temeridad del jefe de los caballeros había conseguido un triunfo más brillante que ventajoso. Otros dos motivos habían aumentado el descontento general contra Fabio. Procedía el uno de la astucia de Aníbal, quien, habiéndole señalado algunos desertores un terreno del dictador, taló todos los que le rodeaban y preservó solamente del hierro y el fuego aquel campo, con objeto de que creyesen aquella excepción precio de algún pacto secreto. El segundo fué un acto de Fabio, que al principio pudo parecer sospechoso, porque no había esperado la autorización del Senado, pero que concluyó por redundar claramente en gloria suya. Este acto, relativo al canjeo de prisioneros, consistió en lo siguiente: De la misma manera que en la primera guerra púnica, habíase convenido entre los dos generales romano y cartaginés que el que recibiese más que diese pagaría dos libras y media de plata por soldado; ahora bien: Fabio había recibido doscientos cuarenta y siete más que los cartagineses, y el pago de esta deuda, prolijamente discutido en el Senado porque no había sido consultado, se demoraba siempre. Envió, pues, á su hijo Quinto á Roma para que vendiese aquel campo que el enemigo había respetado, y puso á cubierto la fé pública con sus propios bienes. Aníbal tenía su campamento delante de aquella ciudad de Geronio, que había tomado y quemado y de la que había conservado algunas casas para que



le sirviesen de graneros. Desde allí enviaba las dos terceras partes de su ejército á hacer provisiones de trigo, conservando con él la otra tercera parte para la defensa del campamento y para evitar que fuesen sorprendidos sus forrajeros.

Encontrábase entonces el ejército romano en el territorio de Larino, bajo el mando de Minucio, habiendo marchado á Roma el dictador, según se ha dicho. El campamento, establecido al principio en punto elevado y seguro, había descendido ya á la llanura; y se agitaban los proyectos más atrevidos, en conformidad con el carácter del jefe, como el de caer sobre los merodeadores dispersos, ó sobre el campamento custodiado solamente por débil reserva. Aníbal observó en seguida que el plan de guerra había cambiado con el general, y que sus enemigos iban á obrar con más audacia que prudencia. Por su parte, cosa casi increíble en él, á pesar de la proximidad del enemigo, envió la tercera parte de su ejército á recoger provisiones, conservando el resto en el campamento; en seguida se acercó á los romanos, y acampó á dos millas de Geronio, en una altura á la vista del enemigo, con objeto de que comprendiese que estaba dispuesto, en caso de ataque, á socorrer á sus merodeadores. Desde allí descubrió otra altura más inmediata á los romanos y que dominaba su campamento. Como era evidente que si trataba de ocuparla en pleno día, el enemigo se le adelantaría por camino más corto, destacó durante la noche algunos númidas que se apoderaron de ella. Pero los romanos, despreciando su corto número, los desalojaron por la mañana y se establecieron allí. Pequeño espacio, casi completamente ocupado por los romanos, separaba á los dos ejércitos: la caballería romana con las tropas ligeras, saliendo por la espalda del campamento, cayó sobre los merodeadores dispersos, matando ó poniendo en fuga á la mayor

parte. Sin embargo, Aníbal no se atrevió á intentar la batalla, teniendo apenas bastante gente para defender el campamento si le atacaban. Estando ausente una parte de su ejército, limitábase á hacer la guerra á la manera de Fabio, y, manteniéndose en inacción casi completa, habíase retirado al campamento que antes estableció al pie de las murallas de Geronio. Algunos historiadores pretenden que se dió allí también una batalla campal, en la cual los cartagineses, rechazados en el primer choque hasta su campamento, con brusca salida produjeron terror en las filas romanas; pero que el combate se restableció por la inesperada llegada del samnita Numerio Décimo; que este varón, el más distinguido por su nacimiento y riquezas, no solamente del Boviano, de donde era natural, sino que también de todo el Samnio, llevando por orden del dictador ocho mil infantes y quinientos jinetes al campamento romano, en el momento en que se presentó á retaguardia de Aníbal, había hecho creer á los dos bandos que llegaba de Roma un refuerzo con Q. Fabio; que Aníbal, temiendo algún lazo, se había retirado á sus parapetos; que los romanos, secundados por los samnitas, le perseguieron, tomándole aquel día dos fortificaciones; que el enemigo perdió seis mil hombres y los romanos cerca de cinco mil; y que á pesar de pérdidas tan equilibradas, se llevó á Roma la noticia de brillante victoria, con una carta jactanciosa del jefe de los caballeros.

Tratábase repetidas veces de este asunto en las asambleas del Senado y del pueblo. Como en medio del regocijo general, solamente el dictador rehusaba creer el rumor público y las cartas de Minucio, diciendo que á pesar de que los hechos fuesen ciertos, temía más una victoria que reveses, Metilio, tribuno del pueblo, exclamó «que no podía soportarse aquella conducta; que no contento el dictador con haber impedido con su



presencia el triunfo de las armas romanas, hasta ausente, se oponía á los que se habian conseguido; que cuidaba de prolongar la guerra, para ocupar más tiempo el cargo, y mandar solo en Roma y en el ejército; por que uno de los cónsules habia perecido en el campo de batalla; el otro, so pretexto de perseguir una flota cartaginesa, se encontraba relegado lejos de Italia; en cuanto á los dos pretores, estaban ocupados en la Sicilia y la Cerdeña, no necesitando pretor ninguna de las dos en aquel momento; que M. Minucio, para que no viese al enemigo, para que no pudiese emprender nada, casi habia sido aprisionado; que de esta manera, ¡por Hércules! no solamente el Samnio, abandonado á los cartagineses, como la España allende el Ebro, sino que también la Campania, el Caleno y el Falerno, habian sido devastados á la vista del dictador, inmóvil en Casilino, y protegiendo sus tierras con las legiones del pueblo romano; que su ejército, ávido por combatir, habia permanecido encerrado en las fortificaciones con el jefe de los caballeros; que se les habia desarmado como á enemigos cautivos; que al fin, viéndose como libertados de un sitio por la marcha del dictador, se habian lanzado al campo para batir y derrotar al enemigo; que en consecuencia de esto, si el pueblo romano hubiese conservado su antiguo valor, no habria temido proponer la abrogación del poder de Fabio; que se limitaria á proponer igual participación en el mando entre el jefe de los caballeros y el dictador; y que Fabio no debia ser enviado de nuevo al ejército, antes de que subrogase un cónsul en el puesto de Flaminio.» El dictador no acudió á las asambleas del pueblo, no siendo el debate en manera alguna popular. En el mismo Senado tampoco se le escuchaba favorablemente: cuando ensalzaba al enemigo, atribuía á la temeridad é ignorancia de los generales los fracasos experimentados en dos años, y decia «que

el jefe de los caballeros tendria que darle cuentas por haber combatido contra su orden; que si conservaba el mando y la dirección de la guerra, demostraria muy pronto que para un buen general la fortuna era poca cosa, que el talento y la prudencia lo dominaban todo; que en aquel momento era más glorioso para él haber salvado el honor del ejército, que haber dado muerte á millares de enemigos.» Después de pronunciar en vano algunos discursos de este género, nombró cónsul á M. Atilio Régulo, y por no tener que discutir su propia autoridad, la víspera misma del día en que habia de presentarse la proposición partió de noche para el ejército. Al amanecer se reunió el pueblo; pero á pesar de que estaban dominados los ánimos por secreta indignación contra el dictador y experimentaban grande benevolencia por el jefe de los caballeros, nadie se atrevia aún á defender públicamente lo que deseaba la multitud, y á pesar de la indignación general, la proposición carecia de defensor. Uno sólo se atrevió á defenderla, C. Terencio Varrón, pretor el año anterior, cuyo nacimiento era no solamente obscuro, sino innoble. Dícese que su padre fué carnicero, vendedor de su misma mercancía, y que habia empleado á su hijo en los serviles detalles de su oficio.

Gracias al caudal que le dejó su padre mediante su tráfico, el joven Varrón, habiendo concebido la esperanza de una posición más honrosa, adoptó la toga y el Foro, y hablando en favor de hombres viles y causas sórdidas en contra de los bienes y fama de personas honradas, consiguió primeramente cierta popularidad y más adelante los honores. Después de desempeñar la cuestura, las dos edilidades, plebeya y curul, y al fin la pretura, como ahora elevaba sus aspiraciones al consulado, consultó con habilidad la corriente del favor popular, declarándose contra el dictador, y él sólo recogió



el mérito del plebiscito. Tanto en Roma como en el ejército, amigos y enemigos, consideraron esta decisión como una afrenta para la dictadura, exceptuando el dictador; quien, con tanta dignidad como había opuesto á la acusación de sus enemigos delante de la multitud, soportó el injusto rigor del pueblo. En el camino recibió el senatus-consulto relativo á la división del poder; pero sabiendo bien que no habían igualado el talento como la autoridad, se reunió al ejército con firmeza igualmente invencible para sus conciudadanos como para el enemigo. En cuanto á Minucio, á quien el triunfo y el favor popular hacían completamente insupportable, prescindiendo ahora de toda moderación y mesura, no se mostraba menos orgulloso por haber vencido á Fabio que á Aníbal. «Ved aquí, decía, á ese hombre, el único recurso de Roma en peligro, el único campeón digno de Aníbal: vedlo ahí, cosa sin ejemplo en nuestros anales, igualado con su inferior, con su jefe de los caballeros, por un decreto del pueblo, en esa misma ciudad donde los jefes de los caballeros temblaban ante las varas y el hacha del dictador. En esto consistía el brillante efecto de su fortuna y valor; seguiría, pues, su fortuna, si el dictador se obstinaba en aquella molición y vacilación, condenadas á la vez por los hombres y los dioses.» Así, pues, el primer día que se encontró en presencia de Fabio, le dijo: «Que era necesario arreglar ante todo el uso que harían del poder repartido entre ellos. Que por su parte pensaba que lo mejor sería tomar alternativamente el mando en jefe, en días alternos ó á plazo más largo, si así lo prefería, con objeto de encontrarse siempre iguales al enemigo en poder y fuerzas, si se presentaba buena ocasión para atacarle.» No convino á Fabio este arreglo, pensando que «todo lo que se entregase á la temeridad de su colega, quedaría á merced de la fortuna; que les habían

dado el poder en común, pero que no se le había despojado completamente de él. No renunciaría jamás á su parte de autoridad en la dirección de la guerra; no compartiría con su colega la duración y los días de mando sino el ejército; con objeto de salvar con su prudencia, si no todo, porque se lo impedirían, al menos lo que pudiese.» Así, pues, consiguió que repartiesen entre ellos las legiones, como los cónsules: la primera y la cuarta tocaron á Minucio; la segunda y la tercera á Fabio. De la misma manera y en número igual repartieron la caballería y los auxiliares, tanto aliados como latinos: el jefe de los caballeros quiso también tener un campamento separado.

Doble regocijo produjo esto á Aníbal, porque no ignoraba nada de lo que pasaba entre sus enemigos, gracias á las noticias de los desertores y de sus espías. Lisonjébase, en efecto, de coger en sus redes la temeridad, libre ahora de Minucio; y en cuanto á la habilidad de Fabio, la veía privada de la mitad de sus fuerzas. Entre el campamento de Minucio y el de los cartagineses alzabase una eminencia que evidentemente debía asegurar al bando que la ocupase gran ventaja de posición. Menos deseoso estaba Aníbal de ocuparla sin combate, aunque la ventaja lo merecía, que de aprovechar la ocasión de venir á las manos con Minucio, de quien estaba seguro acudiría á su encuentro. Al primer aspecto, el terreno intermediario no ofrecía facilidad alguna para una emboscada, porque por ninguna parte había bosques ni matorrales; pero era tanto más á propósito para ocultar una emboscada, cuanto que en un valle completamente descubierto, había desigualdades y cuevas capaces algunas de ocultar doscientos hombres armados. En estas cavernas se escondieron cinco mil hombres de infantería y caballería, distribuidos según los que cada una podía contener. Por temor de que algún movimiento